

có con sus manos, y les dijo algunas de aquellas palabras dulces y consoladoras que desprenden de la vida y hacen esperar en la muerte. Entre aquellos á quienes prodigaba sus desvelos evangélicos, muchos habian contribuido sin duda á echarle de su palacio, muchos habian pedido su cabeza con alaridos de caribes; pero él, si se acordaba de aquellos momentos de prueba, era para ser todavía mas afectuoso con los que le habian causado tantas amarguras. “Esperad,” les decia, “esperad, hijos míos,” y luego les mostraba la cruz donde tantos tormentos padeció el Salvador de los hombres.

“Y lo mismo hizo todos los dias, y en todos los hospitales, hasta el fin de la epidemia, y á cada una de sus visitas seguian nuevas y abundantes limosnas. Esté venerable prelado era el ilustrísimo Señor de Quelen, arzobispo de París, arrebatado por una temprana muerte el último dia del año 1839.”

Los consuelos que presta la religion católica, apostólica, romana, pueden ser apreciados haciendo una comparacion, que sin embargo es sumamente inferior á la cosa con que se compara. Los consuelos de que tratamos, son, pues, capaces de apreciarse con los auxilios que proporciona una madre á sus hijos; mientras aquella vive, estos pueden en cierto modo hasta descuidar de su propia existencia, confiados en que los cuidados maternales suplen aquel desprecio, por medio de una activa é imperturbable vigilancia. Somos ciertamente todos los hombres muy toscos, para poder averiguar el grado de los consuelos de que nos ocupamos, y los que concebimos las ideas aunque no las producimos, experimentamos una sensacion harito extraordinaria al considerarlos, pues solo advertimos en nosotros un enfriamiento general de miembros, comparable con el hielo, que nos hace prosternar ante los adorables y secretos designios de la Providencia Divina, guiados irresistiblemente por una suma veneracion hácia el Supremo Hacedor, y con la conviccion de lo que somos realmente. Tales son las causas por las cuales la religion cristiana obra tan buenos y tan saludables efectos, por el ministerio de sus sacerdotes, y nuestra alma queda embelezada y en un completo extásis, cuando llega á nuestra noticia algun hecho, que puede reputarse, con toda naturalidad, como la consecuencia legítima del heroismo cristiano. Pio V, conocido bajo el nombre del cardenal Alejandrino ántes de su exaltacion al sόlio pontificio, nos viene comprobando esta verdad. Ciñó la tiara el 7 de Enero de 1566. Reunia S. S. las prendas de los mas ilustres papas, y no fué menor el genio que desplegó para sostener dignamente el alto cargo que le habia confiado la Providencia, que su caridad y su virtud para llenar sus deberes de cristiano y de sucesor de San Pedro. Su humildad era admirable: muchas veces iba á los barrios mas retirados de Roma, á prodigar socorros á los pobres y á los enfermos. Un dia en que se paró delante de un infeliz leproso que estaba tendido junto á un guardacanton, como se usa en Italia, pasó un jóven caballero inglés, protestante de religion: á la vista del Soberano Pontífice, ocupado en vendar las llagas de uno de los mas miserables de sus súbditos, cayó de rodillas aquel noble extranjero lleno de admiracion, y tal fué la impresion que le produjo aquel espectáculo, que se convirtió al instante á la fé católica (1). Por el contrario, cualquiera otra religion, que no sea la que reconoce á Jesucristo por fundador, no proporciona esos auxilios á que hacemos referencia, y de ellos darémos una breve prueba.

Mr. William Cobbett, en su Historia de la Reforma protestante en Inglaterra é Irlanda, Carta XI §. 326 y siguientes, ha dicho: “En los párrafos 50, 51 y 52 de la carta III, hemos visto que la Iglesia católica no ha sido jamás ni es tan *exclusivamente espiritual*, que repruebe todo cuidado respectivo á los *cuerpos*: al contrario, una parte, y parte muy principal de sus preceptos, es excitar á obras de *caridad*, de una caridad que no es de una naturaleza tan sobrehumana y puramente espiritual que no se explique con actos exteriores, y no se muestre en las *buenas obras* hechas á los necesitados y á los enfermos: así es que una gran parte de sus *diezmos*, de las *oblaciones* y de sus *rentas* se empleaba en dar de comer al hambriento, en vestir al desnudo, en hospedar á los extranjeros, en socorrer á las viudas y á los huérfanos, en curar á los heridos y á los enfermos; en una palabra, uno de sus principales cuidados era que nadie, por baja que fuese su condicion, sufriese ni padeciese por falta de auxilios ó de asistencia: con este objeto entre otros varios, y á fin de que los sacerdotes tuviesen el menor número posible de cuidados propios capaces de separarlos del ejercicio de esta importante parte de su ministerio, *prohibió á todos el matrimonio*. De aquí dimanó que mientras la Religion Católica fué la religion de la nacion, hubo en ella *hospitalidad y caridad*, y no se oyó jamás, ni por sueño el triste dictado de *pobre*.”

“Pero cuando se adoptó la Religion protestante y con ella el matrimonio de los sacerdotes, se vieron los pobres despojados del derecho que les daba su nacimiento, y obligados á vagamundear para proporcionarse algun auxilio mendigando ó robando. Lutero y sus sectarios negaron enteramente la doctrina de que las *buenas obras* fuesen necesarias para la salvacion, sostuvieron que la *fé y sola la fé* era necesaria, y quitaron de su Biblia la Epístola de Santiago, porque recomendaba la *caridad* y las *buenas obras*, y le dieron el nombre de *Epístola de paja*. En muchísimas cosas eran tan diferentes las opiniones de los *reformadores* como las graduaciones de los colores del Iris; pero todos convenian en que las *buenas obras* no eran necesarias para salvarse, y en que á los *Santos*, segun ellos tenian la modestia de llamarse á sí mismos, no podia cerrarse la puerta del Cielo por ninguna clase de pecados, por numerosos y enormes que fuesen. ¿Y qué podia ser la caridad para gentes entre quienes el robo, el sacrilegio, el

(1) Véase el periódico titulado: “El Católico,” artículo que corre bajo el epigrafe de: UN RASGO DE LA VIDA DEL PAPA PIO V, á la pág. 323.

adulterio, el incesto y el perjurio eran acciones tan habituales, como el dormir y despertar, y á quienes enseñaba su religion que ninguno de dichos crímenes, ni todos ellos reunidos eran obstáculo para la eterna felicidad. Entre ellos en efecto se miraba la *caridad* (que es una *ventaja de solo la Religion Católica*) como una cosa de costumbre y totalmente indiferente en sí.

“En esto consiste que el espíritu de todos los establecimientos protestantes sea en *realidad* incompatible con la *caridad*; pues aunque algunos de ellos aun la conservan en el *nombre*, en ninguno se practica verdaderamente. No así en los establecimientos católicos, en los que se confundian, digámoslo así, la caridad constante y eficaz á la fé misma, y siempre eran inseparables. El Catecismo de *Douay* de que tanto abusan los ministros protestantes dice: “que la *caridad* es el primer fruto del Espíritu Santo, y que consiste en dar de comer al hambriento y de beber al sediento, en vestir al desnudo, en rescatar á los cautivos, en hospedar á los peregrinos, en visitar á los enfermos y enterrar á los muertos.” ¡Pero quereis, amigos míos, saber por qué nuestros rollizos ministros protestantes declaman con tanto furor contra tan *perverso* Catecismo? Declaman contra él, porque está en la naturaleza del hombre amar estas doctrinas, “contra las que jamás prevalecerán las puertas del infierno.” Declaman porque en ellas creyeron, y conforme á ellas obraron nuestros padres, y últimamente, porque á ellas debieron aquella interior inclinacion á socorrer á sus prójimos que, gracias á Dios, aun no se ha extinguido en los corazones de sus descendientes.

“Volvamos ahora á los párrafos 50, 51 y 52 arriba mencionados. En ellos hemos visto que la Iglesia Católica hacia enteramente superfluas todas las leyes acerca de los pobres, pero luego que esta Iglesia fué robada y destruida, luego que insaciables *reformadores* saquearon los conventos y las iglesias, y se apoderaron de aquellas vastas propiedades que *perteneían de derecho* á las clases mas pobres, cuando, en fin, fueron en gran parte saqueadas las parroquias, y las rentas que aun les quedaron pasaron á manos de *hombres casados*, entónces se hallaron los pobres (pues siempre los habrá en toda sociedad) destituidos de todos los medios de existencia, y reducidos á pedir limosna ó á robar: en seguida vino nuestra *buena* reina Isabél, dió la última mano al saqueo de la Iglesia y de los pobres, y por una consecuencia necesaria, la Inglaterra, en otro tiempo tan feliz, tan libre y tan hospitalaria, se convirtió en una guarida de ladrones y de esclavos famélicos. El protestante *Strype*, á cuya autoridad se refiere *Hume* un millon de veces, nos transcribe el siguiente extracto de una carta de un juez de paz de Somersetshire dirigida al Lord gefe de la justicia: “Puedo decir sin exageracion que los *hombres capaces de servir* que andan esparcidos vagamundeando por acá y por allá, serian bastantes, si se los sujetase á una disciplina regular y severa, para dar una batalla terrible al enemigo mas poderoso de S. M., en lugar de que

en el estado en que en el día se hallan, son una fuerza muy considerable á favor de aquel: además, la generacion que cada día va naciendo de éstos, manifiesta deber ser con el tiempo aun mas perversa que sus progenitores. No perdonan ni al rico ni al pobre, y sea mucho ó poco lo que ganen, todo les viene bien: sin embargo, la horca no para con ellos ni con los demás.” El mismo juez dice tambien: “Por mala administracion de justicia quedan impunes un sinnúmero de ladrones, pues los sencillos aldeanos y aldeanas, que por lo general en nada piensan mas que en la conservacion de sus bienes, no querrian por todos los tesoros del mundo contribuir á la muerte de un solo hombre.” El mismo historiador protestante nos dice: “Mientras la *buena* Isabél se quejaba amargamente de la falta de ejecucion de sus leyes, condenaba á muerte cada año á mas de quinientas personas, y aun no contenta con esto, amenazó á varios particulares enviarlos á experimentar por sí mismos cómo debian ejecutarse sus leyes penales. Muy pronto se vió que no dejaban de ser fundadas sus quejas, pues pasados muy pocos dias, se presentó una exposicion al Parlamento, denunciando á los magistrados mercenarios de aquel tiempo como gentes viles y despreciables, que por media docena de pollos no reparaban en dispensar una docena de artículos de la ley penal.” Sin embargo, todos sus castigos no alcanzaron á remediar el mal: la vagancia, la holgazanería, la mendicidad y el robo llegaron á tal grado, que nues ra *buena* Isabél tuvo que recurrir á la *ley marcial* para contenerlos particularmente en Lóndres y en sus inmediaciones. Solo esto es una prueba tan convincente de los terribles efectos que produjo la *Reforma* en la parte moral de la nacion, y un rasgo tan característico del gobierno á que en consecuencia de esta reforma tuvo el pueblo de Inglaterra la abominable bajeza de someterse, que no podemos ménos de copiar las propias palabras que los comisionados de la *buena é ilustrada* Isabél dirigieron en esta ocasion y en su real nombre al director de todos sus asesinatos, tal como los refiere el mismo *Hume*. “Las calles de Lóndres, dice este historiador, estaban infestadas de *vagamundos*, de *facciosos* y *libertinos*. El Lord corregidor habia ya procurado remediar este desórden, y la Cámara Estrellada se habia servido de toda su autoridad, y habia castigado una gran parte; pero viendo la reina la inutilidad de sus medidas renovó (¡pero qué entenderá *Hume* por renovar?) la *ley marcial*, nombró gran preboste á Sir *Tomas Wilford*, le dió una autoridad sin límites y le mandó prender y ahorcar con arreglo á dicha ley á todos aquellos, que, segun los informes de los jueces de paz de Lóndres y de los condados comarcanos, mereciesen ser inmediatamente ajusticiados como tales vagos y malvados.” ¡Esta es sin embargo la reina á quien se nos ha enseñado á llamar la *buena* Isabél, y este el reinado que aun hoy dia se atreven á presentarnos como *glorioso* algunos hombres que llaman instruidos, pero que realmente son unos viles aduladores!

“Tales fueron las consecuencias de la destruccion de la Iglesia

BIBLIOTECA CENTRAL

11 ANI

Católica y del robo de los bienes de los pobres que acompañó esta destrucción, y particularmente de la reunión del poder eclesiástico y del civil en unas mismas manos. Aunque esta terrible y tiránica muger no perdonó ni horcas ni tormentos, aunque al paso que los ejecutores de sus sanguinarias leyes regaban nuestro suelo con la sangre de los malvados ó de los que se quería hacer pasar por tales, aun los reprendía continuamente por su poca actividad, jamás pudo hacer todo lo que quiso. El hambre que no respeta murallas por fuertes que sean, desafió sus tormentos y todos sus medios de terror: vióse por último que era absolutamente necesario *establecer para auxiliar á los pobres recursos generales fijos y seguros*, y en el año cuarenta y tres de su reinado se adoptó esa ley, vigente aun en el día, que manda destinar una parte de los frutos de la tierra á la manutención de los indigentes, la cual se exige con la mayor puntualidad y bajo de las penas mas severas por una especie de inspectores encargados de su recaudación. He aquí los *grandes*, los *sobresalientes*, los *admirables*, pero en realidad los horribles y eternos efectos de la reforma: *La pobreza establecida por la ley.*

“Sin embargo, esto era de absoluta necesidad: ya no quedaba arbitrio á los devastadores, quienes era preciso que excogiesen una de dos cosas, la *pobreza legal* ó el *exterminio*, y este nunca podía convenirles, ni aun cuando les hubiera convenido, hubieran podido verificarle, pues no tenían suficiente poder para obligar al pueblo á contentarse con la cuarta parte de lo que necesitaba para mantenerse. Por consiguiente, y despues de haber intentado en vano otros muchos medios de reemplazar de algun modo la *caridad católica*, se vieron reducidos á establecer *en virtud de la ley* un fondo para socorrer á los pobres. Primeramente quisieron socorrerlos por medio de contribuciones voluntarias colectadas en las iglesias; pero ¡ah! los que entonces entraban en ellas miraban á Lutero como su grande maestro, y este consideraba la epístola de Santiago como una *epístola de paja*. Por consiguiente, nada consiguieron por este medio, ¿ni qué podían tampoco conseguir, cuando los eclesiásticos protestantes, que eran los que debían dar á los demás ejemplos de caridad, pensaban únicamente en coger cuanto podían para sus mugeres y sus hijos? Diéronse en seguida una multitud de decretos para exigir una contribucion forzosa, sopena de cárcel y de confiscación de bienes; pero habiendo sido tambien inútiles, la *ilustre* Isabél y el Parlamento de su reforma adoptaron por último esa terrible acta á que se dió fuerza de ley, y que aun en el día está vigente, con la cual llenaron el país de contiendas y de pleitos interminables, levantaron á unas parroquias contra otras, á los criados contra sus amos, á los ricos contra los pobres, é inspiraron por este medio en unos la hipocrecia, la ociosidad y el fraude, y en otros la opresion, la barbarie y un sinnúmero de crueldades, cuales, excepto en la época de los primeros reformadores, jamás se habian visto en el mundo.

“Sin embargo, esta disposicion, aunque tomada ya muy tarde, fué justísima, pues se sacaba de la tierra para dar á los pobres una parte de lo que les habia robado la *Reforma*; y aunque por medios duros y odiosos, era al fin hacer en parte lo que habia ejecutado la Iglesia de nuestros padres por los medios mas suaves y mas dulces; lo uno era alimentar á los pobres como á hijos; lo otro es alimentarlos como perros; pero al fin se trató de alimentarlos. Sin embargo, como extender esta ley á la Irlanda hubiera sido, segun la *buena* Isabél y sus infames y rapaces favoritos, beneficiar con exceso al pueblo irlandés, tratado siempre con tanta crueldad, se le rehusó hasta este auxilio, y he aquí la *verdadera causa* de ese *contraste* de que hemos hablado en el párrafo 325, en vista del cual, decia con mucha razon el Doctor Franklin, y cualquiera diria, que parece *que los vestidos que desechan los labradores y artesanos ingleses, se envian á Irlanda para el uso de sus habitantes* de la misma clase.”

Hemos visto ya los beneficios que la Religion cristiana dispensa á todos sus hijos, así como tambien los grandes vacios que deja cualquiera otra: el primer extremo está probado con los dos ejemplos que quedan producidos, y el segundo se demuestra con la circunspecta é intachable autoridad de Mr. William Cobbett. La religion cristiana está alimentada continuamente, permítasenos esta frase, con la caridad, que es su conservadora, y esta cualidad es precisamente la que la hace tan resplandeciente y respetable. Sin la caridad, la religion de Jesucristo perderia casi todo su mérito, ó por lo ménos se desvirtuaría en gran parte; pero con ella, el pobre, el miserable encuentra extraordinarios consuelos, inauditos alivios en sus enfermedades. (1) La

(1) Jesucristo recomienda, en varios pasages de su Evangelio, la virtud de la caridad, y hace de ella un elogio tan cumplido, que demuestra evidentemente la sublimidad que la caracteriza. De lo que se deduce, que es la llave maestra, que nos abre prontamente las puertas del cielo, pues nos asegura nuestro Salvador, que el hombre caritativo será premiado superabundantemente, alcanzando muchísimos grados de gloria. El catecismo ordinario de la doctrina cristiana nos declara: *que el hombre que tiene mayor caridad, sea quien fuere, es ante Dios el mayor y mas santo*, y tambien dice, que la virtud, que se reputa por mayor, es la caridad, supuesto que da vida á todas las demás, y las endereza. Por lo mismo, jamás debe el cristiano cansarse de tratar de este asunto, y de ocuparse, con la detencion posible, de una virtud que nos da tan buenas lecciones, y nos proporciona, al mismo tiempo que la remision de los pecados, infinitos bienes, como que no solo nos grangea la amistad de Dios, sino que igualmente mueve los resortes del corazon humano, quien se complace al practicar el bien, además de que nos hace acreedores al galardón que le está prometido, y que consiste en la bienaventuranza eterna.

Apenas observamos un hombre justo, un hombre que ama á Dios, y que desea servirlo en todo, y guardar su santa ley, cuando desde luego notamos que no solo dirige sus acciones y las encamina á obedecer sus preceptos, sino que tambien acata los consejos que le da, y los eleva al grado de leyes. La limosna no es ciertamente un mandamiento, hablando en general, sino un acto de pura voluntad, y por eso se le ha denominado con el titulo de: *obra de misericordia*; sin embargo, ha habido un concepto tan elevado de su mérito, de

BIBLIOTECA CENTRAL
HANI

virtud de la caridad, pues, es el mejor distintivo de la religion cristiana, y la que marca perfectamente la diferencia que hay entre esta y las otras religiones: aquella, por medio de la caridad, comprueba que es rigurosamente espiritual, y no un mixto como sucede con estas. Semejante virtud quita á la religion todo carácter que pudiera reputarse como carnal, porque al mismo tiempo que con este precioso tesoro, con este inmenso caudal, provee á todas las necesidades de sus hijos, hace que los que disfrutan riquezas, se desprendan de ellas fácilmente, y las partan con los pobres. He aquí como ya la religion

su excelencia y de los buenos efectos que produce, tanto para el que la da, como para el que la recibe, que en todos tiempos se ha recomendado con exquisita diligencia. Entre los saludables consejos, que daba el virtuoso Tobias á su hijo, le decia: "De tus haberes haz limosna, y no apartes tu rostro de ningun pobre: porque asi será, que tampoco se apartará de ti el rostro del Señor.—Segun pudieres, asi usa de misericordia.—Si tuvieses mucho, da con abundancia: si tuvieses poco, aun lo poco procura darlo de buena gana.—Porque te atesoras un grande premio, para el dia de la necesidad.—Por cuanto la limosna libra de todo pecado y de la muerte, y no permitirá que el alma vaya á las tinieblas.—La limosna servirá de gran contianza delante del Sumo Dios á todos los que la hacen." (Lib. Tobiae, Cap. IV. vv. 7 y siguientes, hasta el 12 inclusive). En otro lugar le dice: "Come tu pan con los hambrientos y mendiceros, y con tus vestidos cubre á los desnudos" (Ibi, v. 17). Por último, cierra este conjunto de consejos prudentes y saludables, con estas palabras dignas de atencion: "No temas, hijo mio; es verdad que pasamos una vida pobre, mas tendremos muchos bienes, si temiéremos á Dios, y nos apartáremos de todo pecado, é hiciéremos el bien" (Ibi, v. 23).

Cualquiera que sea zeloso de su salvacion eterna, cualquiera que se aplique á hacer una vida santa, y se proponga atesorar méritos para presentarse al terrible tribunal del Señor; debe, en nuestro concepto, agraderle con el ejercicio de la nobilísima virtud á que nos contraemos, y hacerse propicia la Divinidad: no se olvide jamás, que dijo por medio de su Santísimo Hijo, segun refieren los Evangelistas: "Bienaventurados los misericordiosos; porque ellos alcanzaran misericordia." *Beati misericordes: quoniam ipsi misericordiam consequentur*, (S. Math, Cap. V. v. 7). Efectivamente: es muy racional creer, que los misericordiosos alcanzarán misericordia, porque ellos obraron bien, y consolaron al menesteroso, quien bendijo sus obras, y las presentó al Señor, para darle las mas expresivas gracias, como que socorrió sus necesidades, y bendecir tambien al caritativo, que sirvió de instrumento al Todopoderoso, poniendo en ejercicio su sabia Providencia, que provee á todo. Es preciso no desentenderse jamás de que Dios ha de manifestarse como un juez severo, que viene á calificar al reo sobre el mayor ó menor ejercicio de la caridad, y que por último resultado, ha de condenar al fuego eterno, al que no fué harto caritativo, y llevar al cielo, al que practicó eminentemente esta brillantísima y excelsa virtud. Léanse las Santas Escrituras; recuérdese su contenido; medítese su espíritu en esta parte, y se verá, que nada es mas exacto que esta eterna y profunda verdad. Por lo demás, se habla con tanto elogio de semejante virtud, que no solo en los libros sagrados se hallan consignadas las merecidas alabanzas que se le tributan, sino que tambien se encomia en los libros profanos. En la obra titulada: "Eufemia, ó la muger verdaderamente instruida," P. 3.^a Sec. 2.^a Cap. 13. v. 8, se dice con elegancia: "En segundo lugar, ¿no es admirable y glorioso, adquirir por sus talentos, sus cuidados y su economia, no solo aquello de que se tiene necesidad para sí mismo, sino aun los medios de hacer bien, de disminuir la miseria y aumentar la felicidad humana? Mira en rededor de ti,

de Jesucristo pone á nuestra disposicion, un gran bien, que consiste en hacer desinteresados á los hombres, alejándolos de la ambicion y de la codicia. En este concepto, si los hombres, por medio de la caridad cristiana, desdeñan esa ambicion y esa codicia, indudablemente ofrece tamaña virtud unas bases firmísimas para que pueda imprimirse en el comercio de la vida un arreglo tal, que haga la felicidad de todos, y para que la sociedad presente una imá.

„hija mia, y observa tantos de nuestros semejantes cómo están agobiados por la „pobreza. Tan triste espectáculo te hará conocer la necesidad de la benefi- „cencia. Recuerda al mismo tiempo en tu corazon aquellos deliciosos afectos, „que son la mas grande recompensa del ejercicio de esta virtud: ¿dime si no „vale infinito acostumbrarse desde la primera juventud á la economia, y á bus- „car los medios de adquirir legitima y honradamente para gozar lo mas que se „pueda de estos deliciosos afectos?"

Estudiando mas particular y cuidadosamente á los moralistas, hemos llegado á tener una profunda conviccion de que la caridad debe practicarse en todos tiempos y circunstancias, porque, como es sabido, no consiste solamente en la simple dacion material de una cosa, sino que tambien se verifica en las acciones puramente intelectuales, ó mejor dicho, puramente espirituales. Por ejemplo, el amor de Dios es de esta naturaleza. Y en esto tambien debemos reconocer la superioridad de la virtud de que hablamos, con respecto á las otras, pues el mayor grado de amor de Dios, es, por explicarnos así, el máximo de la caridad. Esta nos asegura la bienaventuranza eterna, como dijimos antes: semejante virtud nos fué demostrada perfectamente por el Hombre Dios, en atencion á que si no hubiera habido redencion, indudablemente todos los hombres, manchados con la lepra del pecado, moriríamos, é infaliblemente nuestro destino seria el infierno sin remedio. La redencion, pues, no solo es una prueba irrefragable de la misericordia divina, sino tambien un modelo de la caridad mas pura, mas ardiente, con que Dios nos trató, y por eso con razon y con justicia, son tan recomendables los mártires, pues los crueles padecimientos, y los acerbos dolores que sufren, son el mas sincero testimonio del encendido amor en que se abrasan hacia Dios, y la prueba mas incontrovertible que pueden darle de que son sus mas fieles amigos; de manera, que la caridad consiste tanto en el cuidado que se tiene con respecto al cuerpo, como en el que se practica por lo que mira al alma. Todos saben precisamente cual es la relacion que hace el catecismo de la doctrina cristiana de las obras de misericordia, y en ellas se demuestra perfectamente el cuidado con que Dios procede para con sus criaturas, puesto que se sirve de las personas caritativas como de instrumentos para obrar sus misericordias: en ellas, se evidencia lo que Jesucristo afirmó en pocas palabras, diciendo: *que su Padre celestial proveia á las necesidades de todos, y recomienda que se tenga fé en Dios, atesorando solo tesoros en el cielo, pero no en la tierra*, y concluye con este sublime mandamiento: "Buscad, pues, primeramente el reino de Dios, y su justicia: y todas estas cosas os serán añadidas." *Quaerite ergo primum regnum Dei, et justitiam ejus: et haec omnia adjicientur vobis* (S. Math, Cap. VI, v. 33).

Pero aun cuando no hubiera ni autoridades tan respetables como las que hemos citado, ni tampoco se hubieran producido los grandes ejemplos que quedan consignados en esta nota, ¿no es cierto é indubitable que nuestro corazon no puede absolutamente resistir á los sentimientos de que se halla poseido? Dios ha inspirado en el corazon del hombre sensibilidad y ternura, cuyas dos cualidades se desarrollan en toda su extension, cuando se oyen las relaciones de los pobres, y cuando en ellas se perciben buena fé, necesidad grave, modestia, resignacion con la voluntad de Dios, &c., &c., &c. Porque nadie puede ver, en nuestro entender, con indiferencia y frialdad, á una persona entregada

BIBLIOTECA CENTRAL
HANI

gen del paraíso, porque atacados los dos vicios que hemos apuntado, fácilmente se conocerá que el imperio execrable de las pasiones, ha caducado. Y caducando ese infame imperio de las pasiones, ¿cuál es el resultado? La tranquilidad del ánimo precisamente. El hombre vive feliz en la sociedad, con tal de que la moral sea su norte, y siempre que ajustándose exactamente á sus preceptos, lo-

á toda la miseria, que es el patrimonio de la naturaleza humana, sin condolerse de un estado tan lamentable: nadie podrá sentir gratas impresiones, al negarse á sí mismo el consuelo de aliviar los padecimientos de un individuo, que no puede proporcionarse el alimento, porque le falta una pierna, que le deje expedito el movimiento de todo el cuerpo: porque carece de una mano, que ayude á la otra á manejar el instrumento que le sirve para adquirir lo necesario. ¿Quién dejará morir á una persona de hambre, porque sus enfermedades, que la han postrado en cama, no le permiten salir á la calle para trabajar? ¿Quién podrá oponerse al deseo natural que se desarrolla en su interior, de dar la mano á un ciego, á un cojo, á un manco, á un tullido, para servirle de báculo é impedir que tropiece para que caiga? Al practicar la caridad, debemos recordar ciertamente las provechosas lecciones, que incesantemente nos dió Jesucristo, quien nos dejó enseñado, según refieren los Evangelistas, que por todos los lugares que transitaba ejercía la beneficencia, y socorría al menesteroso, como entre otros muchos casos, se nos presenta el del paralítico, que hacia treinta y ocho años estaba enfermo, y cuando Jesús le preguntó: ¿Quieres ser sano? respondió el paciente: Señor, no tengo hombre que me meta en la Piscina, cuando el agua fuere revuelta: porque entretanto que yo voy, otro entra antes que yo. Entonces Jesucristo le dice: Levántate, toma tu lecho y anda. *Erat autem quidam homo ibi triginta et octo annos habens in infirmitate sua = Hunc cum vidisset Jesus jacentem, et cognovisset quia jam multum tempus haberet, dicit ei: Vis sanus fieri? Respondit ei languidus: Domine, hominem non habeo, ut cum turbata fuerit aqua, mittat me in Piscinam: dum venio enim ego, alius ante me descendit. Dicit ei Jesus: Surge, tolle grabatum tuum, et ambula* (San Juan, Cap. V. vv. 6, 7 y 8). Y es de notar, que si Jesucristo nos enseñó y demostró cuan buenas eran todas las virtudes, también es cierto, que se singularizó hablando de la caridad, y la practicó, si nos es lícito explicar así, con preferencia á las demás. Cuando el mancebo de que nos habla el Evangelista San Mateo, recibió de Jesucristo las instrucciones necesarias para conseguir la vida eterna, supo que para llegar á la perfección, era menester, que vendiese cuanto tenía, y lo diese á los pobres; prometiéndole el Salvador, que tendría un tesoro en el cielo; de manera, que debe advertirse, que no le dijo: para que consigas la perfección, sé casto, sé humilde, sé parco; no mates, no adulteres, no hurtes, no digas falso testimonio, &c., &c., sino que le mando ser caritativo; de tal suerte, que le recomendó que poseyera todas estas virtudes, pero que fuera caritativo por excelencia, para que llegara al complemento de todas ellas. Y la prueba de esta verdad, es, que cuando el mancebo se fué triste, despues de haber oido semejante resolución, Jesucristo aseguró, que con dificultad entraría un rico en el reino de los cielos, agregando: que mas fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de los cielos. *Et iterum dico vobis: Facilius est camelum perforare acús transire, quam divitem intrare in regnum coelorum.* (Ibi, v. 24). Sublime virtud de la caridad! Con ella la humanidad vive, se nutre, se robustece, y nunca envejece. El mundo progresa: porque la caridad es la consecuencia de la civilización: esta tiene siempre al engrandecimiento y comodidad de los hombres, y la caridad, que no es mas que el cambio de mútuas prestaciones, destierra la miseria y consulta al bienestar de las familias menesterosas.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. I.

gre sobreponerse, por convencimiento, á las malas inclinaciones de los afectos, que le combaten, y que son tan propios de la naturaleza de que está revestido. Dominando la moral en nuestros procedimientos, las pasiones se destruyen completamente, ó por lo ménos se neutralizan, porque la lujuria, que es el monstruo que las preside, pierde su influencia naturalmente. Los principios que anteceden, nos señalan como con el dedo, la diferencia que hay entre los sacerdotes católicos, y los sacerdotes protestantes; pues aquellos están apoyados sobre una religion caritativa, llamémosla así, mientras que estos son sectarios de otra religion que substancialmente condena la caridad.

Encargados los sacerdotes católicos de enseñar la moral al pueblo, y de predicarle el Evangelio, le inculcan incesantemente esta virtud, y educan en ella á la juventud, de manera que perpetúan todos los bienes que hemos indicado ligeramente en el párrafo anterior, y hacen que constantemente esté renovándose un manantial inagotable de felicidad, que hace amable la existencia, y deliciosos los goces que proporciona ésta, cuando se halla sostenida por la virtud, ó mas propiamente dicho, por los preceptos de una ajustada moral. He aquí, pues, la obra de los Jesuitas, y he aquí también lo que demuestra el Cap. VI de una obra reciente, cuyo título es este: "Les Jésuites montrés á la France," publicada en Lyon, en el año de 1844. El Cap. VI, que referimos, habla de los diferentes prodigios, principalmente de caridad y de valor, que hicieron los Jesuitas. Veamos, pues, cuales son esos prodigios, para calificarlos, y hacer de ellos las alabanzas que merezcan en justicia, y para decidir por estos medios si el restablecimiento de una corporacion religiosa, como es la Compañía de Jesús, importa precisamente la proteccion que debe dispensarse á la religion de Jesucristo.

"Ya el intrépido Ricci ha penetrado en la China; siendo vencedor de todos los obstáculos, y gozando de la confianza del emperador, obtenia en favor de sus compañeros, inmensos privilegios, los cuales todos reconocian por objeto el progreso de la religion. Infatigable cuando se trataba de la gloria del Señor y del triunfo de la verdad, solo, en el fondo de la Asia, impugnaba á un mismo tiempo á los letrados de la China, confundia la calumnia en Europa, instruía al emperador, y conservaba las iglesias nacientes. Verbiest, que sucedió al inmortal Schall, reformaba el calendario, y señalaba los fastos de un gran imperio. Su memoria trazada con la mano misma del emperador, obtenia, de los discípulos de Confucio, reunidos á este efecto, una sentencia honrosa para el cristianismo. Llamados desde París, sus hermanos van á traer toda la urbanidad francesa á la corte de Pékin; marchan armados con el compás y el telescopio; y mientras que en medio del movimiento de los astros, pronuncian el nombre y muestran la mano de aquel

*

que los hace girar sobre nuestras cabezas, Fontenelle recibe en idioma tártaro, sus propias obras traducidas por el sábio Parennin.

“Al este del Gran Imperio, en las islas del Japon, se renovaban los primeros combates y los primeros triunfos de la religion cristiana. Víctimas de una desconfianza injusta, y de una política cruel, los emperadores, recordando los tiempos de Neron y de Domiciano, traian á la memoria el horror de sus sangrientas proscripciones; pero los generosos neófitos, así el niño como el anciano, la virgen como el guerrero, seguian los misioneros al suplicio, confesaban á Dios en medio de los tormentos, y conseguian la palma de un ilustre martirio.

“En el otro hemisferio se obraban prodigios todavia mas sorprendentes: en el centro de la península mas opulenta, en las inmensas selvas que arrebatan á los rayos del sol las verdes riberas del Paraguay, se realizaban las ficciones mas asombrosas de la fábula, y quedaban muy distantes de la verdad. Los acentos de Amphion y la lira de Orfeo, atraian los árboles, hacian mover las piedras y edificaban las ciudades; Solon y Licurgo, Pitágoras y Platon, resucitaban en estos espesos desiertos, y se admiraban de ver perfeccionada su legislacion por unos misioneros oscuros, y sus concepciones imaginarias reducidas á una admirable práctica.

“A la voz de Macetta y de Cataldino, el salvaje, olvidando su ligereza, se detenia inmóvil á los pies del misionero; ya no pensaba en arrojarle ni en la profundidad de los bosques, ni en retirarse á la cima del viejo árbol, en el cual frecuentemente, como un nido de águila, estaba suspendida su aerea morada. Teniendo en una mano un humilde breviario, y en la otra una gran cruz, los Jesuitas avanzaban atravesando los rios, salvando las montañas, penetrando el espesor de los bosques, sin temer buscar á los hombres en las cuevas en que enormes serpientes acababan de devorar á alguno de sus hermanos, en los precipicios, en los cuales el salvaje ingrato y cruel habia atravesado con sus flechas el corazon de un bienhechor generoso: si acertaban á encontrar á alguno con sus despojos mortales, excavaban una sepultura, le confiaban el depósito sagrado, y sobre la tumba misma cantaban un himno en honor del Santo nuevo.

“Admirada con tantos prodigios de valor y de sacrificio, la horda salvaje acudia por sí misma á colocarse al rededor del apóstol, lo escuchaba en silencio, y miraba como por la primera vez el cielo que le mostraba. Apoderada de repente de un temor religioso, se arrojaba de nuevo en el horror de la soledad, á pesar de las súplicas del misionero que se esforzaba para detenerla. Depositando entónces su confianza en la cruz, la planta en la peña solitaria; despues, transformado en un hábil cazador, y poniéndose en emboscada, esperaba pacientemente su presa. Los salvajes atraidos, como por un imán secreto, volvian pronto á contemplar el signo no conocido de su redencion; arrojándose en medio de ellos, el misionero aprovechaba su sor-

presa para hablarles de un Dios, y para indicarles las ventajas de la sociedad fundada sobre el cristianismo.

“Muchas veces tambien animaban con sus cantos divinos los mudos desiertos; y estos árboles que jamás habian oido mas que la inspiracion de la brisa, el grito del canibal, repitieron los cánticos santos de David y los transportes sublimes de Isaías. Embarcados en una piragua, acompañados de algunos catecúmenos, los misioneros remontaban el Paraguay; y nuevas sirenas, cantaban las alabanzas del Señor, usando de acentos melodiosos y mágicos, á los cuales no podian resistir los salvages, harto sensibles á la música: desde lo alto de las montañas, y desde el fondo de las selvas, se precipitaban en tropel para gozar de esta celeste armonía; y pronto, fuera de sí mismos, para hacer mas duradera su felicidad, seguian la barquilla encantada, bailando en el cespel de la ribera, y nadando tambien á menudo en la onda tranquila del rio.

“Medios tan poderosos, esfuerzos tan multiplicados, aumentaron pronto las conquistas. Formáronse villas pequeñas, que llamaron reducciones. Los misioneros, mas humanos aun que los europeos no eran crueles, ni habian querido formar cristianos, sino para hacer de ellos ciudadanos libres: un privilegio real, debido á mil luchas penosas, comprado con el precio de ódios temibles, aseguraba la libertad á los nuevamente convertidos; no los reunieron sino para procurarles las dulzuras de una sociedad gobernada con leyes paternales, y no en fuerza de los caprichos tiránicos de diversos señores. Entónces fué cuando se levantó en la tierra salvaje el edificio de la mejor legislacion humana. Los pormenores nos llevarian muy lejos, haciéndonos salir de los límites que nos hemos propuesto; por tanto, la explicaremos en dos palabras: la niñez fijaba particularmente las miradas de los misioneros; hacian de ella un estudio especial, y por el conocimiento de los diversos caracteres que profundizaban, ponian á todos en el estado á que los llamaba su inclinacion, ó en el que, encontrando su aptitud ménos obstáculos, conseguiria progresos mas satisfactorios; en el que su natural, experimentando ménos violencia, gustaria una felicidad mas pura y mas completa. La República que habia ideado Platon, existia en medio de la antigua selva: todo era comun, y no obstante cada uno distinguia lo que le pertenecia: todo comenzaba, todo se hacia, todo terminaba al tañido de una campana misteriosa: no se conocia otra cosa que no fuera la religion, las leyes, la libertad, la felicidad. Una prosperidad tan sorprendente, no tardó en excitar el zelo de los bandidos que asolaban el Nuevo Mundo. El Portugués, y sobre todo el ávido Español, se arrojaban, en épocas aproximadas unas á otras, sobre aquellos moradores pacíficos, pasaban á cuchillo los hombres y las mugeres, robaban los niños y las riquezas. Sus incursiones y estragos volvian á comenzar á cada instante. Se solicitó, obtuvo y empleó el permiso de armarse; y pronto los Jesuitas, que jamás habian visto ni campos, ni ejércitos, ni batallas, formaron